

LUZ EN LA OSCURIDAD

Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Génesis 1.3

El pequeño territorio de Israel estaba en medio de los poderosos imperios de Babilonia al norte y Egipto al sur, y en ambos lugares era popular alguna forma de adoración al sol, a la luna, y a las estrellas. En Egipto el centro de adoración al sol era On, cuyo nombre griego era Heliópolis, ‘ciudad del sol’, a pocos kilómetros de El Cairo. Los astrónomos en Babilonia habían elaborado cálculos sobre el movimiento de los cinco planetas que conocían, y habían comenzado a trazar los mapas de los cielos.

No sorprende, por eso, que muchos líderes israelitas se contaminaran con esos cultos a los astros que se practicaban a su alrededor. Ezequiel se sintió horrorizado cuando vio a veinticinco hombres con ‘sus espaldas vueltas al templo de Jehová y sus rostros hacia el oriente ... postrándose hacia el oriente’ (Ezequiel 8.16). También Jeremías condenó a los líderes de la nación por amar y servir ‘al sol y a la luna y a todo el ejército del cielo’ (Jeremías 8.2).

Es contra este trasfondo de la idolatría que debemos leer y entender Génesis 1. Los egipcios y los babilonios estaban adorando al sol, a la lunas, y a las estrellas; el autor del Génesis insiste en que estos no son dioses para que sean adorados sino una creación del uno y verdadero Dios.

Dios prometió a Abraham que le daría descendientes ‘como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar’ (Génesis 22.17). Lo extraordinario es que, ahora que conocemos la existencia de alrededor de cien mil millones de estrellas en nuestra galaxia solamente, y miles de millones de galaxias más a miles de millones de años luz de distancia, la equivalencia entre arena y estrellas podría ser bastante exacta.

El apóstol Pablo tomó el majestuoso *Fiat* de Dios ‘Sea la luz’ como modelo de lo que ocurre en la nueva creación. Compara el corazón de las personas no regeneradas con las tinieblas del caos primitivos y al nuevo nacimiento con el mandato de Dios en la creación: ‘Sea la luz’. Esta, por cierto, había sido la experiencia del apóstol. ‘Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.’ (2 Corintios 4.6).

Para continuar leyendo: 2 Corintios 4.3–6
